

**Domingo VI del TO**  
**Ciclo B**



11 de febrero de 2024

Lev 13, 1-2.44-46

Sal 31

1Cor 10,11-11,1

Mc 1, 40-45

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Los evangelios sólo recogen dos relatos de sanación de leprosos: éste de Marcos del Evangelio de hoy, (tomado luego por Mateo y Lucas) y otro exclusivo de Lucas donde son sanados diez leprosos<sup>1</sup>. El relato de Marcos está situado en su significativo primer capítulo.

Es importante notar la secuencia de la narración en Marcos. Esta escena es consecutiva a la del endemoniado en la sinagoga y a la de la suegra de Simón en la casa. **Jesús deja los espacios cerrados** de sinagoga y casa, **y sale al exterior, al mundo social sustentado y conformado por esas instituciones** (sistemas de dominio religioso y patriarcal). Y lo que se encuentra en esa sociedad es, de nuevo, la postración, la marginación radical simbolizada por un leproso. La escena prefigura que también en la sociedad es preciso «*pesca* *hombres*», anunciar y hacer efectiva la buena noticia del amor liberador, inclusivo e indiscriminado de Dios, en quien no hay marginados (impuros).

Lo hemos escuchado en la Primera Lectura: en la sociedad judía la lepra era considerada un castigo divino<sup>2</sup>. El leproso es un impuro ritual total, nadie puede estar cerca de él, ni mucho menos tocarle, pues incurriría en impureza grave. Tampoco puede acercarse a nadie, sino que debe advertir desde lejos su enfermedad para que se alejen de él. Por eso los leprosos son símbolo de los marginados totales, de los siempre solos y aislados. Son muertos vivientes.

Este leproso del Evangelio ha roto las reglas, pues «*se acerca*» a Jesús, llevado por su postración y se pone de rodillas, signo de su indigencia radical, como si dirigiéndose a Jesús se dirigiera a Dios mismo. Y expresa su fe: «*si quieres, puedes limpiarme*»<sup>3</sup>. El mayor mal de este hombre es la «impureza». Ha sido condenado por su religión a estar alejado no sólo de los hombres, sino, sobre todo, de Dios. **La impureza es eso: alejamiento de Dios**. A este hombre (y a todos los que simboliza) le han imbuido que Dios no quiere nada con él, que Dios le rechaza, y eso conlleva para él un radical complejo de mancha, de indignidad ante

---

<sup>1</sup> En el relato de Lucas (17, 12ss), la sanación como tal es secundaria, ya que lo que más interesa es la segunda parte, la reacción de los diez sanados: sólo uno, *un samaritano*, volverá para dar gracias a Jesús, y, por ello, quedará «salvado», mientras los otros nueve sólo alcanzarán la curación física de su dolencia. Se ve claro el uso teológico de un relato de sanación en manos de Lucas: una cosa es ser curado por Jesús y otra ver en esa curación una señal de la acción salvífica de Dios activa en Jesús y responder a ella, lo que comporta la «salvación» (que es mucho más que la curación).

<sup>2</sup> María, hermana de Moisés, fue castigada con ella por murmurar contra su hermano; el rey Ozías también por rebelarse contra Yahvé; el criado de Eliseo por apropiarse indebidamente de una recompensa. En fin, pues eso, un castigo divino.

<sup>3</sup> La Liturgia traduce por «curarme», pero el original griego dice «limpiarme». En todo el pasaje no se habla de *curar* sino de *limpiar*. (Cfr. FRANCISCO LACUEVA. *Nuevo Testamento interlineal. Griego-español*. Ed. Clie. Viladecavalls, Barcelona, 1990)

Dios, y, con ello, la pérdida de toda expectativa vital y de salvación. Es un muerto en vida, es un condenado.

Y Jesús se compadece. La palabra griega usada para describir este sentimiento de Jesús, en el Antiguo Testamento se aplica sólo a Dios, y en el Nuevo a Jesús<sup>4</sup>. Esta palabra traduce la hebrea *r<sup>a</sup>h<sup>a</sup>m*, que define y tiene por sujeto a Dios, y que procede de la misma raíz que *r<sup>e</sup>h<sup>e</sup>m*, que significa útero, y, por extensión, las entrañas, entendidas como lugar tierno y vulnerable, al mismo tiempo que fuerte y generador de vida.

¿Qué se está queriendo decir aquí con esto? Pues que Jesús va a mostrar la misericordia maternal entrañable y vivificadora que Dios es, y, como con la suegra de Pedro, extiende la mano y «*toca*» al leproso (cosa aún más grave que tocar a una enferma o a una mujer). Jesús, siguiendo la Ley, tendría que haberse apartado del leproso, (como indica la Primera Lectura) pero no lo hace. Toca al intocable, ***le hace presente físicamente*** su proximidad, piel con piel, estableciendo un flujo de intercomunicación integradora, inclusiva, lo contrario a la exclusión que marcaba el Levítico. Y expresa su sentir: «*quiero, queda limpio*». Jesús habla en tono imperativo y soberano, como Dios.

Al expresarse así Jesús está poniendo encima de la mesa una idea revolucionaria. Jesús «*lo toca*» y en lugar de que la impureza contagie a Jesús, lo que contagia es la pureza de Jesús. Es dar la vuelta a todo el sistema moral, positivándolo, y es positivar también la visión de Dios, de quien surge lo positivo y lo liberador de toda carga. ***Así, el postrado, abierto e instalado en el ámbito del amor, deja de sentirse sucio y rechazable, y recupera su ser.***

La prohibición de Jesús de que el sanado no diga nada, si lo pensamos bien no tiene sentido realista, pues si el leproso ha dejado de serlo, eso saltará a la vista de todos. Su sentido es simbólico-teológico: es el tema del «secreto mesiánico», peculiar de Marcos, que ya se inició con los exorcismos en la sinagoga y Cafarnaúm. Marcos muestra a Jesús prohibiendo que se le califique como Mesías poderoso y triunfante porque su mesianismo va a ser otro: la pérdida, el anonadamiento, la entrega de la propia vida. Jesús no ha venido a «ganar» sino a «perder», a servir, y quien le siga deberá estar dispuesto a esforzarse, a renunciar, a trabajar calladamente, a no ganar nada, a perder e, incluso, a donar la vida.

Y una segunda orden: «*muéstrate al sacerdote*». Jesús no le da esta orden por cumplir con el Levítico, porque ya se lo ha saltado unas cuantas veces. Esto tiene que ver con el concepto de «sanación» evangélico: no basta con que el individuo sane interiormente, personalmente, sino que la sanación tiene una dimensión social. Es decir, hay que reintegrar a éste en la sociedad (pues eso es la marginación social: la sociedad «aparta» a la persona). Si el leproso va al sacerdote y éste certifica su curación, el leproso podrá volver a encontrarse con la gente, trabajar, vivir en la sociedad; es decir, dejará de ser un marginado.

---

<sup>4</sup> La palabra en cuestión es *σπλαγχνισθεις* = *splagkhnistheis*. (Cfr. FRANCISCO LACUEVA, *op.cit.*)